

INFORMACION ACADEMICA

IN MEMORIAM DE LEO ELOESSER

MIGUEL JIMÉNEZ

Agradezco al señor presidente de esta docta Corporación, el haber sido designado para dirigir a ustedes estas palabras, no sólo porque lo considero un gran honor, sino porque me brinda la oportunidad de hablar de un hombre verdaderamente extraordinario.

El maestro Leo Eloesser nació en la ciudad de San Francisco el 29 de julio de 1881, por lo que contaba al fallecer con 95 años de edad. Sus padres, de ascendencia alemana, fueron Arthur Eloesser y Molly Heynemann. Hizo sus estudios primarios y secundarios en la Urban School de esa ciudad, graduándose de bachiller en ciencias el año de 1900, en la Universidad de California. Estudió medicina en las facultades de Heidelberg, Breslau y Kiel, recibiendo su título de médico en 1907 en la primera de ellas, con su tesis sobre enfermedades del páncreas.

Ya graduado, fue asistente a las clínicas universitarias y del Instituto de Investigación del Cáncer de Heidelberg, con el profesor Czerny; de la facultad de Kiel, con el profesor Anschutz y del Hospital Augusta de Berlín, con el profesor Krause. En 1909 regresó a San Francisco e inició sus actividades docentes como médico ayudante de cirugía de la facultad de medicina de la Universidad de California hasta 1912, en que pasó a desempeñar el cargo de profesor de clínica quirúrgica en la Universidad de Stanford y jefe del servicio de cirugía en el hospital municipal

de San Francisco, hasta su jubilación como profesor emérito en 1945.

Su gran personalidad científica está muy lejos de ser descrita por un *curriculum* y mucho menos, por un extracto del mismo. El maestro Eloesser fue una figura tradicional de la medicina universal, con gran nombre y prestigio en todo el continente americano y muchos países europeos y asiáticos.

Su obra, como fundador de la Asociación Norteamericana de Cirugía Torácica y su valiosa contribución a la especialidad que cultivamos, la neumología, ha sido considerada desde hace muchos años como clásica; métodos de investigación clínica y procedimientos quirúrgicos que llevan su nombre han colaborado a su inmortalización en este vasto campo de la medicina. Su presencia y activa participación en los congresos internacionales, sus sabias palabras, sus claros conceptos y la sensación de respeto que inspiraba, lo llevó a ser considerado como una figura indispensable en el desarrollo de dichos eventos científicos. Fue designado presidente y miembro vitalicio de muchas sociedades estadounidenses, miembro honorario de numerosas sociedades de neumología de diversos países. En México, lo fue de la Sociedad de Tuberculosis desde 1944 y de nuestra Academia, desde 1962.

Fuera del aspecto estrictamente científico, su vida está llena de diversos matices que trataré de resumir.

Algunos de ellos pintan su recia y polifacética personalidad. Es así como su carácter inquieto y su sentido del deber lo llevaron a los servicios militares como médico en la Primera Guerra Mundial, presentándose en los campos de batalla para tratar de reparar lo que la crueldad humana hace, para atender a las víctimas cualquiera que fuese su bando. Así, presta sus servicios como jefe de los hospitales militares a los soldados alemanes, mientras su país natal no había intervenido en el conflicto; auxiliando a los ejércitos aliados en calidad de comandante médico en la segunda parte de esta guerra, demostrando con esta actitud de postura imparcial, su categoría de hombre superior, enseñando lo que el verdadero médico debe ser.

A principios de la sangrienta Guerra Civil Española, en 1937, acabando de ser elegido presidente de la Asociación Norteamericana de Cirugía Torácica, decide ir a prestar sus servicios al Ejército Republicano en el frente de batalla, destacándose como hombre de gran valor, cumpliendo su deber como médico, aun en las trágicas circunstancias de la derrota, durante dos años de pesadilla. Salió después por Francia hacia un mundo en paz transitoria, poco antes de la iniciación de la Segunda Guerra Mundial.

En 1943, viajó a Sudamérica para dar un curso de intercambio en Buenos Aires, con el profesor Oscar Ivanisevich, eminente cirujano platense. Al terminar su misión y en contestación a una pregunta sobre la impresión que se llevó de la medicina de ese país, respondió con la famosa "Carta Eloesser", bien conocida en Sudamérica, al decir que "fuera de la organización de sus hospitales, que se contaban entre los mejores del mundo, sus costosos equipos y excelentes bibliotecas, no había encontrado nada de importancia que ayudara al progreso de la medicina". Esta opinión, expresada públicamente, que no fue fruto del rencor, ni nada semejante, pinta con claridad, como lo hizo en innumerables ocasiones, su amor por la verdad y su recio carácter.

Posteriormente, en 1945, ofrece sus servicios a la UNRRA (servicios de rehabilitación y reconstrucción de las Naciones Unidas) para servir en China. Se preocupa por incrementar sus conocimientos en la lengua china, que ya conocía. Cabe señalar aquí que el maestro hablaba varios idiomas: alemán, inglés, español, francés, italiano, ruso, hebreo y chino. Su labor en el territorio de la China Nacionalista, imposible de detallar, fue de gran valor y alta calidad humana. Participó en la organización de diversas campañas sanitarias, en cursos de adiestramiento para personal de la salud, adiestramiento de médicos y reparto de los mismos, producción y distribución de vacunas, además de su constante presencia en los hospitales

adaptados en los frentes de batalla, en condiciones sumamente precarias. Una idea de su labor la da la transcripción de algunos conceptos de una carta que sus compañeros de trabajo y alumnos le dirigieron en abril de 1948, que dice:

"Nuestro querido y venerado profesor Eloesser; cuando usted llegó lo recibimos con aclamaciones y pudimos oír, en su corto discurso, su decisión de hierro de servir a nuestro pueblo.

"Desde su llegada los diagnósticos y los tratamientos se han hecho seguros y hemos tenido inmensos beneficios de sus instrucciones y consejos. Ha contribuido a darnos confianza en la causa de la liberación del pueblo chino. Usted tiene, además de su sobriedad, un corazón ardiente dedicado a servir al pueblo; queremos hacerle llegar nuestro unánime deseo de una larga permanencia con nosotros; sinceramente esperamos que usted quiera favorecernos y escuche nuestro clamor, quedándose aquí largo tiempo." Firman, el equipo completo del Bethune International Peace Hospital.

La impresión y el grato recuerdo que dejó en China el maestro Eloesser, tuvimos la oportunidad de comprobarlo personalmente en 1973, en que realizamos juntos un viaje a la República Popular China, al encontrarse con antiguos compañeros y alumnos; el cariño y la devoción que le demostraron fueron altamente conmovedores. Ya el maestro, de regreso a su patria, después de su primera estancia en ese país, decía textualmente: "A veces despierto en la noche exclamando: quisiera estar en China en este mismo momento. Allí la vida es agradable, el trabajo y las ocupaciones estimulan, el pueblo es amistoso, sencillo y alegre, su cultura es inagotable."

Tenía Eloesser tan vasto repertorio de recuerdos, anécdotas y aventuras, que era un verdadero placer escuchar su narración, con su voz baja, salpicada de su fina ironía y su mirada penetrante.

Sus actividades en España y en China le hicieron pasar en los Estados Unidos de América momentos muy desagradables, a él y a la inseparable compañera de su vida, Joyce Campbell, en virtud de "sus sospechosas actuaciones", lo que obligó al maestro a señalar filosóficamente: "Nunca le pedí mucho a Estados Unidos, excepto permisos para salir al extranjero y por otro lado tampoco yo le di mucho, salvo el pago puntual de impuestos. Estados Unidos y yo estamos mano a mano."

Otras de las facetas de su elevada estatura moral, gran cultura y compleja personalidad, fue su enorme amor por la música, que heredó de su padre. Esta afición le produjo grandes dudas sobre su destino, oscilando entre ser compositor o médico. El mismo

confesaba "Vivía la música sentado o acostado, tenía la cabeza llena de acordes. Me dormía con Schumann y guardaba diversas partituras debajo de la almohada; un nuevo mundo entraba por mis oídos y pensaba que allí estaba el futuro de mi vida." Sin embargo, esta pasión fue dominada por un innato deseo de ejercer la noble profesión de médico, con el extraordinario humanismo que le imprimió constantemente durante su ejercicio.

No obstante, sus escasos momentos libres los dedicaba a cultivar esta afición, lo que tuvimos oportunidad de comprobar en San Francisco, cuando en el año de 1944 realizamos estudios de postgrado en su servicio, ya que semanalmente se reunía en su casa, adornada profusamente con motivos mexicanos, con otros tres elementos de la orquesta sinfónica de San Francisco. Tocaba la viola y frecuentemente era reprendido por su actuación, lo que tomaba con gran sentido del humor e insistía en volver a repetir la partitura.

En 1959, ya radicado en nuestro país, cuando se inició la venida de Casals a los festivales de Jalapa, solicitó su ingreso como voluntario a la orquesta de dicha ciudad, que dirigió el gran maestro y de allí partió una íntima amistad con este gran genio musical.

Otro aspecto muy importante en su vida fue su gran cariño a nuestro país, que conoció en el año de 1900, acabando de recibir su título de bachiller, al realizar un viaje en diligencia desde San Francisco a Guadalajara y Tepic, que le llevó 50 días, del que hablaba siempre con gran entusiasmo.

Posteriormente nos visitó en incontables ocasiones y puedo asegurar que conocía nuestro país mejor que muchos de nosotros; sus viajes siempre los realizó en forma muy modesta, pues otra de sus características sobresalientes fue su poco apego a las cosas materiales y al dinero, a pesar de contar con una considerable fortuna.

En 1940 tuvimos oportunidad de conocerlo aquí, en esta ciudad, y desde entonces cultivamos profunda amistad. Fue asiduo visitante de todos nuestros monumentos arqueológicos y de los pequeños poblados de nuestra República, efectuando viajes, muchas veces lleno de incomodidades, que para él constituían grandes satisfacciones personales. Viajó a caballo por las rutas de centro, noroeste y sur del país, lo que le permitió su convivencia con nuestra gente del campo. Fue fiel asistente a nuestras reuniones de la Sociedad de Tuberculosis y en los últimos 14 años, a las Jornadas Médicas Nacionales de nuestra Academia.

Su amplio conocimiento de nuestra tierra, con su gran cariño por la gente humilde del campo, fue la base para que cuando se retiró de las Naciones Unidas en 1951, decidiera vivir en Tacámbaro, donde perma-

neció hasta el último de sus días. Desde hace varios años había solicitado a las autoridades correspondientes su carta de nacionalidad mexicana y falleció con la satisfacción de haberla obtenido pocas semanas antes. ¡Qué mejor demostración de su cariño por nuestra patria!

He dejado para el final el más destacado aspecto de su extraordinaria personalidad, su gran espíritu humanitario. Puedo expresar con firme seguridad, que nunca en mi larga vida profesional he conocido un monumento más grandioso al sentido humanitario que el maestro Eloesser. Todos sus grandes merecimientos; como investigador, como cirujano excepcional, en una palabra, como primera figura de la medicina mundial, se ven pequeños frente a su profundo espíritu humanitario. No encuentro palabras para describir ante ustedes el grandioso y excepcional humanitarismo que demostró en todos los actos de su larga vida. Sería imposible describirlo, por lo que resaltaré sólo su amor por las causas justas, su cariño a los desvalidos, su predilección por las clases humildes, por los desamparados; todo esto dentro de un marco de una modestia que mucho lo enaltece.

Los señores académicos tienen un claro ejemplo con la creación, en esta Corporación, del fideicomiso "Dr. Leo Eloesser", en noviembre de 1953, al depositar una importante cantidad, en una institución bancaria, con el objeto de que los rendimientos de la misma se aplicaran a otorgar créditos a favor de estudiantes de medicina de escasos recursos económicos, que cursaran estudios superiores, en la segunda mitad de su carrera, sea en nuestra Universidad o en el Instituto Politécnico Nacional. Hasta el presente año, este fondo ha otorgado 327 préstamos por la cantidad aproximada de \$163 500. Esta misma conducta humanitaria la realizó en otras academias de medicina latinoamericanas.

Su vida en su rancho de Tacámbaro continuó siendo ejemplar. Desde las 7 de la mañana comenzaba su consulta a modestos campesinos y sus familiares, a los que no solamente atendía gratuitamente, sino que les proporcionaba los medicamentos, estudiándolos siempre con una sonrisa acogedora. Todos los campesinos y trabajadores de la región le tenían verdadera veneración y lo conocían como "el doctor de los de abajo". Prueba de esto fue el sincero homenaje luctuoso que le hicieron días después de su fallecimiento. Por disposición precisa de él, sus restos permanecen en Tacámbaro y ojalá fuera posible que sus cenizas germinaran en esas tierras, para que ayudaran a la producción de hombres que tengan su excepcional sentido humanitario.

Su recuerdo vivirá siempre en los que tuvimos el alto honor de considerarnos sus discípulos y amigos.

Su vida será siempre un ejemplo a seguir por nuestras futuras generaciones.

Descanse en paz el hombre excepcional, el amigo íntegro, el maestro sin egoísmos, el hombre sencillo y humanitario, que será siempre querido y recordado por nosotros con gran respeto y profundo afecto.

IN MEMORIAM DE GERARDO VARELA

PABLO MENDOZA

Recibí de la Honorable Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina, el honroso encargo de recordar al señor doctor Gerardo Varela Mariscal; honor que estimo y agradezco, porque en el transcurso de muchos años me unieron al maestro Varela, lazos de sincera amistad.

El doctor Varela nació en la ciudad de Oaxaca el 3 de octubre de 1899; fue hijo de un eminente médico oaxaqueño, don Nicolás Varela, y de doña Luz Mariscal, mujer de belleza e inteligencia notables. Disfrutó del fervoroso y fraternal afecto de David Varela Mariscal, su único hermano, y fue compañera de su vida, la señora Luz Casaro de Varela.

En la ciudad de Oaxaca hizo su instrucción primaria y realizó estudios de preparatoria y profesionales en la Universidad Nacional de México; recibió el título de médico cirujano en 1924, con diploma de honor. Su preparación de postgrado fue esmerada; estudió salud pública en la Universidad de Harvard y llevó a cabo estudios de su especialidad en el Instituto Pasteur de París y en diversas instituciones del Canadá, de Inglaterra, de Polonia y de otros países.

Desempeñó puestos importantes en el Instituto de Higiene, y en el Instituto de Salubridad y de Enfermedades Tropicales, del cual fue director por más de 20 años. Fue profesor y jefe del Departamento de Microbiología y Parasitología de la Escuela Nacional de Medicina y director de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional.

Su vida profesional estuvo colmada de distinciones honoríficas. Fue nombrado experto en treponematosis y rickettsiasis de la Organización Mundial de la Salud y miembro del Subcomité de leptospirosis de la misma. Recibió el Premio Carnot de la Academia Nacional de Medicina; la medalla de oro "Dr. Eduardo Liceaga" otorgada por el Consejo Superior de Salubridad; el diploma y medalla de oro de la American Academy of

Microbiology; la medalla de oro al Mérito en Salud Pública; el diploma y medalla de oro por servicios eméritos. Fue condecorado también con la medalla de oro y diploma del Premio Nacional "Gerardo Varela" y además de las mencionadas, recibió otras numerosas distinciones. Fue declarado hijo predilecto del estado de Oaxaca y una calle de la capital del mismo estado lleva su nombre.

Desde 1936 fue miembro de la Academia Nacional de Medicina; presidente de la Asociación Latinoamericana de Microbiología, miembro de la Asociación Mexicana de Patología Clínica y de muchas otras sociedades nacionales y extranjeras.

Desde estudiante de medicina se inició en la investigación biomédica, y sus contribuciones científicas fueron de importancia nacional e internacional. Entre sus colaboradores se destacan los doctores Fernando Ocaraza, José Zozaya, Hermann Mooser, Miguel Bustamante, Luis Mazzotti, Raoul Fournier, Adolfo Pérez-Miravete, José Ruiloba, José Laguna, Jorge Olarte, Carlos Ortiz Mariotti, Eustaquio Roch, Pablo Mendoza y otros más. En su *curriculum vitae* figuran 307 trabajos publicados.

El maestro Gerardo Varela fue un hombre apasionado del estudio y siempre se halló en la vanguardia de su especialidad. Estaba dotado de una memoria notable y de vastos conocimientos básicos. Su preparación, aunada a una inteligencia despierta y viva imaginación, fueron cualidades decisivas que le llevaron al éxito en las investigaciones que emprendió.

Sus contribuciones científicas en el campo de la salud pública tuvieron relevancia para la etiología, la epidemiología y el tratamiento de numerosas enfermedades infecciosas y que justificaron la creación del Premio Nacional "Gerardo Varela".

La simple relación de trabajos y distinciones no tendría trascendencia social, si este enorme trabajo, acumulado en el transcurso de una larga vida edificante y productiva, con un entusiasmo sostenido hasta el final, no sirviera de ejemplo. El doctor Varela no fue un improvisado. El investigador no brota de súbito; es el resultado de una larga, paciente y continua preparación de una persona dotada de inteligencia despejada y de imaginación creativa. Cualquier falla en estos atributos convierte en frustración toda búsqueda de conocimientos y puede conducir a la deshonestidad. El maestro Varela lega a la humanidad un acervo de conocimientos de importancia en salud pública y las instituciones más relevantes del país le reconocen sus méritos y lo colocaron en un sitio distinguido. Fue un mexicano eminente que trabajó, sin descanso y sin egoísmo, al servicio de su patria.